

TRIUNFO

TRIUNFO

RAMÓN REIG

Triunfo, Posible, Doblón, Cuadernos para el Diálogo, Cambio 16, Argumentos, La Ilustración Regional (en Andalucía)... Nos hacían pensar aquellas revistas, eran minerales sin apenas ganga y con mucha mena, vitaminas para el cerebro. Aquellas cabeceras nos informaban pero, sobre todo, nos formaban. *Triunfo* era el buque insignia. El *progrerío* joven de la Transición, al que me honro en pertenecer, completábamos algunos aspectos de nuestros estudios universitarios en historia con los análisis de Haro Tecglen, López Agudín, Ezcurra, Vázquez Montalbán/Sixto Cámara, Miret Magdalena, Luis Carandell, Víctor Márquez Reviriego, José Aumente, Antonio Ramos Espejo...

Hubo un tiempo en el que acudíamos al quiosco con ilusión, a ver qué nos decían nuestros periodistas y nuestros analistas creadores de opinión, qué nos enseñaban, cómo iban muy por delante de lo oficial porque eran sumamente permeables a lo que los sectores más inquietos de la sociedad pretendían, sentían, demandaban. Los periodistas no eran convidados de piedra o cronometradores, como ahora, por ejemplo, Manuel Campo Vidal en un debate con dos señores que aspiran a ser presidentes de España. Los periodistas y sus

colaboradores escribían sobre y demandaban, de forma explícita o implícita, amnistía, libertad de partidos, de pensamiento, de expresión...

En Sevilla, a nivel local, teníamos la famosa página 3 de *El Correo de Andalucía*, que impulsaron directores como José María Javierre o José María Requena. Allí leíamos a firmas atrevidas: Isidoro Moreno, José Rodríguez de la Borbolla, Manuel Ramón Alarcón, Tomás Iglesias... Moreno e Iglesias estaban vinculados al Partido del Trabajo, de tendencia maoísta, «los chinos», les llamábamos entonces. Su sector juvenil era la Joven Guardia Roja, con la que me relacioné en 1973-1974, aproximadamente. En el «orden del día» de sus reuniones siempre había un aspecto: criticar al Partido Comunista. Las tensiones entre China y la URSS se extendían a los que estábamos abajo, incluso a los de la clandestinidad española. Alarcón convivía con un selecto grupo político: Acción Comunista, de tendencia marxista-leninista. Todo esto sucedía en el interior de la Universidad, es un pequeñísimo ejemplo de la dinámica política, los indignados de entonces, lo que sucede es que me parece que teníamos las ideas mucho más claras que los indignados de hoy, y además nuestros profesores no nos habían dejado casi absolutamente solos, como ahora. En el Departamento de Filosofía de la Facultad de Geografía e Historia, sus docentes, como los hermanos Patricio y Mariano Peñalver, nos dejaban guardar ejemplares del periódico del Partido Comunista, *Mundo Obrero*, y otros papeles, folletos, pasquines, etc. Se la jugaban y eso nos daba fuerzas.

Nos llamaba la atención cómo los editoriales y la línea periodística en general de *Triunfo* coincidía con las consignas que nos daba el Partido Comunista. Yo estaba en una célula clandestina del Partido (como se le deno-

minaba en aquella época) y los textos de *Triunfo* nos servían para el debate. Eso no significa que fueran panfletos, no, al revés; se trataba de artículos, análisis, reportajes y columnas ágiles, divertidas, profundas. Si Eduardo Haro Tecglen tenía que remontarse a la Edad Media o Moderna para explicar un conflicto en sus excelentes interpretaciones de la actualidad internacional, que era mi sección preferida, lo hacía. Y Vázquez Montalbán —que poco antes había desbrozado la actualidad nacional con rigor— se transformaba en su heterónimo Sixto Cámara para abordar un tema con ironía y sarcasmo, de forma parecida a la sección 'Celtiberia Show' de Luis Carandell. Al mismo tiempo, por Aumente y Ramos Espejo (y por la revista *La Ilustración Regional*) nos íbamos enterando de que existió un señor llamado Blas Infante y de que en el campo andaluz había un conflicto que el franquismo silenciaba, como tantos otros aspectos.

Se trataba de un periodismo comprometido y valiente, construido con argumentos sólidos y con hechos. La prueba es que, con los años, aquellos maestros nos han seguido enseñando desde *El País* (Carandell, Haro, Montalbán, Miret Magdalena...), *Tiempo* (Márquez Reviriego) o desde TVE (Carandell, magister del periodismo parlamentario, como Reviriego). En *Triunfo*, Miret Magdalena nos formaba desde su posición de católico (Cristianos por el Socialismo era un movimiento muy fuerte entonces; en sus carteles, dos brazos con los puños cerrados formaban una cruz). Y, es significativo, cómo los que ya entonces nos considerábamos ateos, leíamos su punto de vista y nos agradaba: cristianos y marxistas teníamos objetivos comunes, no me extraña que la Iglesia oficial siga empeñada en enterrar a estos heréticos que nos muestran las vergüenzas del Vaticano a menudo pero desde lo semi-oculto.

De manera que *Triunfo* era uno de nuestros guías y uno de nuestros cómplices. Los librereros nos buscaban textos prohibidos o tolerados de muy mala gana por el régimen. Pero el quiosco nos traía todas las semanas *Triunfo*, menos cuando la autoridad lo impedía y la sancionaba por esto o lo otro. No era raro, en aquellos tiempos semi-oscuros y revueltos, llevar bajo el brazo un libro de Sartre, colgarse una bolsa con la efigie de Miguel Hernández (los más atrevidos) o que nos acompañara una publicación como *Triunfo*. Guardo un buen número de ejemplares de aquella ilusión, sé que ya está muy estudiada académicamente, que gracias a la iniciativa de José Ángel Ezcurra Carrillo y de la Universidad de Salamanca la tenemos entera en www.triunfodigital.com. Pero no me quiero desprender de esos tesoros de papel, como un enfermo cualquiera con síndrome de Diógenes (aunque no entiendo el nombre de esta enfermedad a tenor de la personalidad del propio Diógenes) los guardo en una caja todo lo alejada del sol, de la claridad y de la humedad que pueda. La luz que irradió *Triunfo* la llevo yo ahora dentro, ni sé en qué consiste ni cómo se manifiesta pero soy consciente de que está ahí. Si ella ha hecho ya su trabajo y su papel —nunca mejor dicho—, es hora de que descanse para que otros sigamos adelante.

En cierta ocasión, nos enteramos de que la redacción de la revista se había desgajado. No sé aún bien lo que ocurrió, pero el hecho es que de aquel desgarró surgió la revista *La Calle*, dirigida por César Alonso de los Ríos, uno de los impulsores de *Triunfo*. De los Ríos era comunista militante en los años setenta, luego pasó al PSOE en los ochenta y más tarde simpatizó con el PP. Ahora es tertuliano habitual en medios considerados conservadores. Nunca olvidaré la visita que le hice hace bastantes años a su casa, cercana a Comillas, un lugar privilegiado con vis-

tas al Cantábrico, desde el que escribe sus libros. Tampoco olvidaré ya nunca el día en que Eduardo Haro Tecglen y Javier Ortiz presentaron en la Asociación Colegial de Escritores de España, en Madrid, mi libro *Dioses y diablos mediáticos*, en 2004. Conseguí reunirlos a los dos aunque se veía a la legua que no se llevaban bien. Ortiz —que llegó a ser jefe de opinión de *El Mundo* y columnista habitual de *Público*— y Haro, creo yo que representaban ese divorcio familiar, acaso irreversible, entre socialistas y comunistas.

Cuando apareció *La Calle*, daba la impresión de que *Triunfo* se situó en una línea socialdemócrata de izquierdas mientras que *La Calle* seguía un camino claramente marxista. Como ambas eran de gran calidad, acordé con mi prima Aurelia que ella compraría cada semana una y yo otra. Antes compartíamos la lectura de *Triunfo*. La nueva situación nos obligaba a un mayor esfuerzo intelectual (porque se trataba de revistas intelectuales, no confundir con plúmbeas). Uno leería una de las publicaciones mientras el otro hacía lo propio con la otra y viceversa.

Uno de los reportajes de investigación que más me llamaron la atención de *La Calle* fue el que pretendía desnudar a *Interviú*, se titulaba así, más o menos: «Desnudamos a *Interviú*». La intención era claramente estructural: dilucidar quiénes estaban detrás de una publicación que, nacida en 1976, como *El País* o *Diario 16*, había sido un éxito sobre la base de desnudar a famosas y de publicar reportajes de casquería, si bien otros de denuncia e investigación (como los de Xavier Vinader sobre las tramas negras en el País Vasco) fueron muy notables aunque le costaran condenas judiciales a su autor al asesinar ETA a algunas de las personas cuyos nombres aparecieron en esos reportajes. Es una pena que mientras *Triunfo* ha sido estudiada tanto, *La Calle* no haya tenido la misma fortuna.

Triunfó *Triunfo*. Aunque dejara de existir. No estaba hecha para un público amplio ni para el mercado ni menos para el mercadeo salvaje de ahora en el que el periodismo es lo de menos. Buceando por la Red, he encontrado

unas palabras que Márquez Reviriego revela a Silvia Paz. Le pregunta ésta: «¿Como ves el periodismo actual?». Y Reviriego contesta: «Muy mal. Y lo grave es que va a peor. Tanto en lo profesional de los periodistas, cada día con más paro y menos horizontes, como en lo empresarial, porque los editores no saben por dónde tirar. Y no habremos ya de condicionamientos, cada día más, cuando los periódicos parecen simples terminales obedientes y lacayunas de los partidos y de los grupos de presión. Una de las muchas ventajas que tiene el ser viejo, es que con toda seguridad no tendrá uno que conocer y soportar las negruras del futuro» (en <http://2009.uemcom.es/noticia.php?id=9261>, consultada el 19/11/2011).

Con los años, tendemos a ponernos nostálgicos en plan Jorge Manrique: cualquier tiempo pasado fue mejor. No es así o no debe serlo. Hay que intentar un justo punto medio, pero las palabras de Márquez Reviriego nos conducen a una seria preocupación que no pocos compartimos desde hace dos decenios, como poco. En la Red hay hoy un auténtico pluralismo, pero en el quiosco, no. Faltan enfoques como el de *Triunfo* a finales de los sesenta y en los setenta. Eran enfoques transgresores. Ahora, transgredir de verdad sería no someterse al discurso totalitario y dictador del mercado y elevar mucho el nivel cultural y crítico de los periodistas, y nadie lleva eso a la práctica porque, ¿cómo sobrevivir en el mercado cuestionándolo a fondo? ¿Cómo poner en solfa al mismo sistema que es dueño de los medios de comunicación influyentes? La duda que siembra que Internet sea de propiedad privada, mercantil, y alguien es dueño de sus enchufes me aconseja mostrarme cauteloso ante su pluralismo (de hecho, ahí están las censuras de Google, de las que apenas tratamos). Y la disminución de la capacidad sincrónica del ciudadano en general y del periodista en particular, también. Pero aquí está la presente publicación como muestra de un triunfo de *Triunfo* que no debería caer en saco roto.